

regirle y castigarle como en la niñez: la resolución nació de lo más profundo de su ser, y se consumó como una gran fatalidad, como si el cielo quisiera que la mayor de las herejías naciese en el seno de los más recatados claustros.

Imposible en edad tan poética como aquella ver el cumplimiento de leyes fatales del Universo en la muerte súbita de un amigo amado. Al guarecerse bajo un árbol de alta estatura, huyendo á las ráfagas de la tempestad, habían ido sin conciencia clara ni deliberación reflexiva en pos de una muerte cierta, dada la electricidad del aire y la soledad y abandono del campo. Mas acostumbrado Lutero á las meditaciones religiosas; creyendo en la intervención directa é inmediata de Dios; al ver su amigo muerto y él vivo, cuando los mismos estremecimientos los habían sacudido á ambos y el mismo fuego los había á ambos circundado; dióse á toda suerte de cavilaciones, y resolvió anticiparse la muerte, no encontrada en aquel trance, por la aplicación de una incesante y exaltada penitencia. Muchos historiadores niegan este accidente del rayo y sostienen que murió el amigo de Lutero; mas, que murió asesinado. Sea de esto lo que quiera, entre las paredes del claustro y las sombras que proyectan las grandes capillas; al toque de aquellas campanas que resuenan en las celdas de los frailes como las trompetas del Juicio Final resonarán algún día en las tumbas de los muertos; al rumor de las oraciones que parecen como el aleteo de las almas; á la vista de las efigies levantadas sobre los altares y de las piedras funerarias tendidas en los pavimentos; las visiones místicas de Lutero se multiplicaban desmedidamente y le acometían y le acababan, como si fueran seres reales y sombras salidas del seno mismo de su convento demasiado angosto para contener la agitación excesiva de aquella grande alma. Puro en sus costumbres, casto en su lecho, ortodoxo en sus ideas, exento de toda culpa; sin haber inferido ni daño ni aun agravio á persona alguna en este mundo; creíase un gran pecador, advertido por la catástrofe de aquella tempestad, y se arrastraba al pié de los altares, imaginando de esta suerte desarmar la divina cólera y atraer sobre sí un rayo de misericordia. El hombre que debía destruir los conventos, disolver las órdenes religiosas, expulsar los monjes de sus celdas, establecer una religión mucho más civil y mucho menos mística que el catolicismo, presentábase entonces

como víctima que era de exaltación religiosa, pálido, huesoso, demacrado; con la piel pegada al esqueleto; con los ojos relucientes como fuegos fatuos; con el pecho fatigado por la respiración del dolor; á guisa de uno de esos anacoretas, cuya figura consagrada por la tradición, representa la imagen fidelísima del ayuno, del tormento, y de la penitencia. Un día que en el Evangelio de la misa hablábase de la expulsión de los demonios, Lutero se puso á gritar, como si todos hubieran entrado en su cuerpo.

Así, ayunaba hasta padecer hambre, velaba hasta caer en sueños magnéticos, macerábase con todos los rigores cenobíticos, ceñíase agudo cilicio que le sacaba gotas de sangre al cuerpo, y vivía como si estuviera estrecha y perdurablemente desposado con la muerte. Si alguna vez dejaba el convento, era para irse en el amanecer por los dilatados campos, en busca de los pastores, y predicarles la buena nueva, y sostenerles en la fe. ¡Cuántas veces, después de estas predicaciones religiosas, tendido á la sombra de los grandes árboles y sobre el tapiz de los verdes prados, rogaba encarecidamente á los campesinos que le recreasen con algunas melodías de las zampoñas, á cuyo son conciliaba el rebelde sueño, y dormía en verdadero éxtasis! ¡Cuántas veces sus rezos en la celda se prolongaban al compás de la monótona y uniforme cadencia producida por la fuente que corría en el centro del claustro! Los deberes más viles del convento los tomaba como podía tomar el azote y la penitencia; los ejercicios más rudos los seguía como pudiera seguir la interior vocación. Él velaba cuando todos dormían; él ayunaba cuando todos comían; él iba con su saco á la espalda en pos de la limosna cuando todos se recogían y reposaban á la amiga sombra del claustro. Cuéntase que un día no salió de su celda; ni á la hora acostumbrada, ni más tarde. Alarmáronse con esto sus hermanos, y creyeron que rendido al peso de tantas fatigas, había naturalmente muerto. En vano llamaban con estrépito; en vano querían inquirir por las estrechas ventanas lo que pasaba dentro de aquella especie de sepulcro. Por fin derribaron la puerta, y se lo vieron rígido, extático; con los ojos parados, con los labios entreabiertos, con los nervios tirantes, con las manos plegadas, con las rodillas en tierra; víctima de una verdadera catalepsia intelectual. En tal estado, uno de sus compañeros, que tenía melodiosa flauta suya á mano, tocó alguna de las melodías aprendidas en Eisenach que recordaban los instantes

mejores y los días mas felices de su juventud. A este reclamo del recuerdo, á este llamamiento al corazon, á esta melodía del alma, sus nervios se dulcificaron, su voluntad renació, su ánimo tornó á la conciencia de sí mismo, su corazon comenzó á latir de nuevo con grande fuerza, la sangre circuló por las venas ateridas, y la vida volvió al cuerpo rígido y yerto.

Deben tenerse en cuenta todas estas minucias para comprender la complejidad física y el carácter moral de Martin Lutero. Dos características cualidades van resaltando en su sér, á medida que va corriendo á la plenitud de la vida y á la madurez de la edad. Estas dos cualidades culminantes son la fuerza casi incontrastable de su voluntad anhelosa de batallar y la inclinación casi invencible de su inteligencia á la polémica, al debate, á todos los medios de la guerra intelectual. Combatir, combatir, combatir; hé ahí la necesidad de Lutero. Bajo este aspecto era uno de aquellos germanos, que parecían lactados con sangre, hijos, mas que del amor, del combate, nacidos en carros de guerra, criados entre el fragor de las batallas, con dioses homicidas que adorar, con una espada puesta de punta en el suelo que reconocer como único símbolo religioso, con la esperanza de despertar en su olimpo odínico si sabían morir matando en medio de una legion de enemigos aterrados de su coraje y de su fuerza. Solo que Lutero tomaba los argumentos en vez de las lanzas, los espacios del espíritu en vez de los campos de batalla, las guerras intelectuales en vez de las guerras materiales; y su fe era su fortaleza; y su polémica era como una correría de aquellas tribus armadas que todo lo desolaban; y su empeño guerrero principalmente consistía en rendir voluntades, en tomar conciencias, en expugnar ideas, en vencer á los enemigos de sus dogmas, en luchar y reluchar eternamente allá en las cimas altísimas de la humana razon y en las cumbres vertiginosas del humano espíritu.

Para este guerrero formidable nada tan conveniente como la vida monástica. En ella toda necesidad material estaba satisfecha y no habia mas que las necesidades morales. Contaba el hombre en el claustro encerrado, por única familia, sus ideas; y de sus ideas se alimentaba y se vestía; y en sus ideas habitaba; y de sus ideas vivía y moría de igual modo que esos conocidos insectos, los cuales todo lo sacan de sí mismos, y se visten con las telas compuestas de hilos extraídos del seno de su propio cuerpo. Destinado Lutero á

producir una revolucion religiosa; destinado á ser la gran figura que divide dos hemisferios de la historia y que separa dos corrientes del tiempo; destinado á llevar en su alma preñada de ideas el gérmen del alma moderna; escuchaba voces sobrenaturales y extrañas, sentía asaltos de pensamientos indefinibles, luchaba y reluchaba con el mundo de recuerdos que tenia en su memoria y el mundo de sentimientos que tenia en su corazon y el mundo de ideales nuevos que brillaba allá en las cimas de su conciencia. Para ser maldonado por estos y adorado por aquellos; impostor aquí y allí profeta; mártir de unos y reo de otros; santo á los ojos de tales pueblos y criminal á los ojos de los pueblos contrarios; objeto de maldiciones y de idolatrías; asunto de alabanzas y de invectivas; ángel de la luz y ángel de las tinieblas al mismo tiempo; fundador de una religion y enemigo de otra; el principio del bien en sentir de este linaje de creyentes y el principio del mal en sentir de aquel linaje; para ser Lutero, precisa que la sangre se encienda, que la carne se consuma, que los huesos se calcinen, que el corazon se parta, que la inteligencia se desgarre, y que la vida entera sea como un perpetuo infierno, donde batallen todas nuestras facultades y no se encuentre nunca la salud y el reposo.

Lutero creía necesario para calmar su corazon, para extinguir el fuego de sus ideas que le abrasaba, para hallar la tranquilidad indispensable al hombre, para morir á esta vida de un día y nacer á la vida eterna, envolverse en el sudario, acostarse en la mortaja, cubrirse de cenizas, habitar los panteones y los sepulcros, ser como una especie de momia petrificada en una especie de monacato casi egipcio. Engañábase el infeliz. La mortaja, el sudario, las cenizas, el sepulcro; el panteon, no bastaban, no, á hacer de un vivo un muerto, cuando la sangre late en las sienas, y palpita el corazon en el pecho, y arde la idea en la inteligencia. Sin embargo, en aquel momento de su vida, creía Lutero que le bastaba arrastrarse al pié de los altares, en penitencia continua; ceñirse á los brazos de la cruz como la hiedra al olmo en amor eterno; tomar la carne y la sangre de Cristo diariamente en comunión perpetua; para dejar todas las dudas, y elevarse como los ángeles á las místicas y serenas eminencias de la eterna fe. Por fin, llegó el día de su profesion, fecha célebre, no solo en la historia de su vida, sino en la historia del mundo tambien; por fin llegó el día 2 de mayo de 1507.

Lutero se replegaba sobre sí mismo para meditar acerca del gran ministerio que venia á cumplir con la sublime profesion del sacerdocio. A los ojos de aquella edad, verdaderamente mística, no bastaba con el sacramento del bautismo; para la perfeccion se exigia el sacramento del orden. La madre no creia purificadas sus entrañas, si no habian engendrado un hijo para la Iglesia; las familias se imaginaban huérfanas de toda intercesion y de todo amparo si no tenian en ellas un sacerdote que orase por la paz de los muertos y por la salud de los vivos; los pueblos mismos se sentian faltos de alguna honra indispensable á la vida cuando no contaban ó un gran eclesiástico ó un gran santo en sus anales: el ordenado relucia respecto al laico cual una estrella de la tarde respecto á un tizon de la chimenea. Lutero, pues, sabia todo cuanto iba á hacer al recibir el sacramento del orden y alcanzar la alta dignidad de sacerdote.

Lo primero que hizo fué escribir á su indignado padre y rogarle que presenciase la ceremonia y que le acorriese en aquel trance. A dejarse llevar de los impulsos de su corazon, el buen campesino Hans le golpeara como en su niñez, cuando hacia alguna barrabasada ó perpetraba algun hurtillo. Pero, despues de todo lo dicho, de todo lo advertido, de todo lo mandado, Hans Lutero ni queria manifestar de nuevo su voluntad desconocida y desacatada, ni queria sustraerse á sus obligaciones de padre amoroso y pródigo. Segun cuentan las memorias del tiempo, al amanecer de aquel dia llegó seguido de veinte caballos á las puertas del monasterio. Hombre rudo, inteligencia de esas que solo admiten una idea, voluntad porfiada y tenaz, complexion fuerte, natural campestre, carácter vigoroso, Hans Lutero recibió friamente á su hijo, demostrándole en aquel recibimiento, cómo condenaba su renuncia al mundo y su enterramiento en el claustro. Así es que su primer palabra, al verle, se encaminó á decirle, rompiendo las compuertas puestas por el respeto á los sentimientos del corazon: «Quiera el cielo que no te equivoques en la inteligencia de tus vocaciones, y en la eleccion de tu ministerio y de tu oficio.» Lutero llegó, bajo el peso de los sentimientos que provocaba la repugnancia invencible de su padre, á la hora de decir su misa. Como quiera que los estudios eclesiásticos poseian toda su inteligencia y ocupaban su vida, recibió cada una de las sacras vestimentas con reflexiones relativas á su significacion y á su simbolismo. Meditó lo que significaba el alba, el cingulo, el manípulo,

la estola al pecho, la casulla en los hombros, representando la vida y muerte de Cristo, representacion exaltada por los acentos melodiosos del órgano, por el murmullo místico de las plegarias, por el humo embriagador del incienso, por el repique de las campanas echadas á vuelo. El prior de su monasterio no le regateó ninguna de las consideraciones encaminadas á mostrarle cuánta era la gravedad de aquel acto y cuánta tambien la trascendencia de aquel voto. Pintábale con vivos colores todo lo que renunciaba en aquel solemne acto: el ejercicio de la voluntad por el voto de obediencia perpetua, los goces del amor por el abandono de la familia, el derecho de propiedad y de posesion tan grato á la naturaleza humana por la pobreza perpetua, todos los placeres, todas las satisfacciones por acorrer al pobre, por consolar al afligido, por acudir al enfermo, por llorar con todos los que lloran, por padecer con todos los que padecen, por pedir al cielo perdon para el culpado, por ofrecerse en holocausto como víctima propiciatoria para redimir y salvar á los que necesitan redencion y salud, por recoger y enterrar á los muertos, y mientras todos los abandonan, huyendo á su frio glacial y á su horroroso hedor, arrodillarse á su lado y encomendarles al amor y á la misericordia del Eterno. Lutero lo comprendia de igual suerte; y á cada palabra de la misa, y á cada fórmula del ritual, y á cada acento de aquellas oraciones, una ráfaga de ideas le hubiera indudablemente derribado al pié mismo del ara, donde celebraba su primera misa. En la exaltacion de su mente creia ver á Dios y al demonio, luchando por la posesion de su alma; creia oir los gritos de rabia de las legiones infernales y el cántico de alegría de las legiones celestes; creia experimentar en los escalofrios de su cuerpo y en los sobresaltos de su alma la visita del Espíritu Santo que le daba el poder de perdonar los pecados, de convertir en Dios el miserable pan de los hombres, y predicar la verdad evangélica á todas las gentes en virtud del apostolado perpetuo que lleva consigo la alta dignidad del sacerdocio. Puede decirse que desde la fundacion del monacato, desde el dia en que se ungieron y consagraron los primeros presbíteros, jamás un monje se habia visto tan penetrado y poseido de la alteza de su ministerio como este Martin Lutero, llamado por la Providencia á tan extraños destinos. Tanto es así que, en el ofertorio de su primera misa, los ojos se le oscurecieron, las piernas le flaquearon, los nervios se le descompusieron; y si no lo hubieran